

Sociología e Historia

Por el Dr. Renato TREVES, de la Universidad Nacional de Tucumán. República Argentina. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

EN un ensayo publicado al final de mi trabajo "Sociología y Filosofía Social"¹ he tenido la oportunidad de explicar por qué los mayores maestros del idealismo italiano, Croce y Gentile, han negado toda legitimidad a la sociología, y, frente a esta actitud tan categórica, he afirmado el valor y la importancia de los problemas de los cuales se ocupa esta disciplina.

En el presente artículo me propongo indicar el sentido teórico y práctico que podría tener la sociología si se desarrollara sobre la base del historicismo idealista de Croce. Me doy cuenta de que este propósito puede parecer a primera vista absurdo, cuando se piensa en la oposición radical que Croce hizo siempre a esta disciplina. Sin embargo, creo que es fácil convencerse de lo contrario si se consideran las razones de esta oposición de Croce. Es decir, cuando se observa que tal oposición es debida sobre todo al hecho de que, a su modo de ver, esta disciplina está siempre unida a los principios y a los métodos de una concepción filosófica particular, es decir, de la concepción positivista que él juzga errónea.

Aun prescindiendo de las opiniones radicalmente adversas, manifestadas por Croce y por los otros idealistas italianos, debemos reconocer que la sociología, desde sus orígenes, ha sido siempre amenazada por críticas que negaban su legitimidad en la teoría y en la práctica.

¹ En este libro (ed. Losada, Buenos Aires, 1941) se encuentran las principales indicaciones bibliográficas sobre el tema tratado en este artículo.

En la primera mitad del siglo pasado, estas críticas se fundaban sobre el carácter sintético y enciclopédico de la sociología que había sido afirmado por el fundador mismo de la disciplina y por sus discípulos. Si la sociología no es otra cosa que una síntesis, una enciclopedia de las ciencias sociales, observaban los críticos, se incurre en el dilema siguiente: o está de sobra la sociología o están de sobra las ciencias sociales. Y contestaban: las ciencias sociales particulares no pueden ser consideradas superfluas en cuanto los resultados conseguidos en los distintos campos del saber han ya comprobado su utilidad y entonces es supérflua la sociología que, al abarcar temas demasiado numerosos y distintos, termina por demostrarse inútil y superficial.

Se opusieron muy pronto, a estas conclusiones, los sociólogos que superaron este dilema, tanto desde el punto de vista histórico como desde el teórico. Por un lado observaron que los fundadores de la sociología nunca han querido que esta disciplina absorbiera o sustituyera las ciencias sociales particulares aun cuando le han atribuído una función sintética y enciclopédica. Por el otro revelaron que la sociología, en estos últimos tiempos, afirma muy a menudo su autonomía y determina, con precisión cada vez mayor su propio método y su propio objeto.

A este propósito, es bastante recordar por ejemplo, a Simmel. Según este autor, la sociología no puede ser considerada como ciencia nueva mientras se la concibe como enciclopedia de las ciencias históricas, psicológicas, normativas y de todas las otras que dirigen sus investigaciones en el marco de la sociedad. Y para asegurar, con la novedad la autonomía de esta disciplina, ha desarrollado su brillante teoría según la cual la sociología pura tiene por objeto sólo la forma y no ya el contenido de la sociedad y se distingue de las ciencias sociales particulares en manera parecida a la que distingue la gramática de la literatura, la geometría de las ciencias físico-químicas de la naturaleza, la gnoseología de las ciencias y de los conocimientos particulares.

Esta demostración de la autonomía de la sociología que hace Simmel y, con él, muchos otros sostenedores de la llamada sociología pura, sin embargo, no es considerada satisfactoria por los adversarios de esta disciplina. Estos observan en efecto que la sociología pura, para salvar su autonomía, pierde toda importancia teórica y práctica porque vaciando su objeto de todo contenido, y prescindiendo de toda experiencia, se aleja de los problemas concretos de la vida y se limita al ejercicio inútil de las construcciones sistemáticas y conceptuales.

A esta clase de acusaciones que son hechas por políticos y prácticos o por investigadores dedicados a las estadísticas y a la sociografía, se puede contestar afirmando que la sociología no sólo es útil y legítima, sino también es necesaria en cuanto corresponde a una exigencia eterna e indestructible del espíritu humano. Observando que, a pesar de que esta disciplina afirma su autonomía sólo en los tiempos recientes, sus problemas, es decir, los problemas del sentido y del valor de la sociedad, han preocupado a los hombres desde los tiempos más lejanos. Desde los tiempos mismos en que han empezado a razonar sobre los problemas supremos del mundo y del espíritu. La *República* de Platón, la *Ciudad de Dios* de San Agustín, la *Ciudad del Sol* de Campanella, demuestran como, antes de que Comte creara la palabra "sociología", el problema de la esencia, del destino y del valor de la sociedad humana preocupara a los pensadores de la edad clásica, media y moderna.

La gran difusión del espíritu científico positivo y, sobre todo, la gran importancia que el problema de la sociedad ha tenido en estos últimos tiempos, han sido una de las causas principales de la constitución de la sociología como disciplina autónoma. Pero, a pesar de esta autonomía, no se debe olvidar que ella está siempre indisolublemente unida a una concepción filosófica: es siempre, en cierto sentido, filosofía, aunque limitada al estudio del problema particular de la sociedad.

Si se consideran los sistemas sociológicos como esfuerzos para conocer, en su totalidad y estructura, los fenómenos sociales de la época en que se vive, se ve fácilmente que estos sistemas están siempre ligados a una concepción general del mundo. No son una parte de la filosofía, sino toda la filosofía dirigida al estudio de un problema particular, al problema de la sociedad. Y esta filosofía puede ser la del positivismo como en Comte, o del evolucionismo como en Spencer, o del formalismo neo-kantiano como en Simmel, o de la fenomenología como en Verkanth.

El carácter filosófico de toda sociología, su tarea de satisfacer una exigencia indestructible del espíritu humano, explica la necesidad e importancia de sus problemas, pero no demuestra evidentemente la legitimidad de los sistemas sociológicos. Si consideramos, aun en forma superficial, el panorama de estos sistemas, desde los orígenes de la disciplina hasta ahora, debemos reconocer que hay fuertes razones para dudar del valor y de la legitimidad de los mismos.

La anarquía que Dilthey observa en los sistemas filosóficos se manifiesta, en forma todavía más grave y alarmante, en los sociológicos. Raras

veces se pueden encontrar tan distintas y contrastantes concepciones y opiniones como ante los problemas de la realidad y de la vida social. Pensamos solamente en la primera mitad del siglo pasado, en la diferencia que media entre las concepciones positivistas y optimistas de Saint-Simon y de Comte y las dialécticas y catastróficas de Marx. Pensamos, en estos últimos años, en contraste entre las concepciones trágicas sobre nuestra civilización de Spengler y las concepciones llenas de confianza sobre su porvenir de Croce.

Pero, más grave todavía que esta anarquía, que se resuelve en el contraste de las opiniones y de los sistemas, es la desconfianza y la contradicción que domina en cada sistema.

La historia de la sociología en efecto, está dominada por una profunda insatisfacción hacia todas las concepciones sistemáticas. Es sabido que Comte no ha seguido hasta el último los principios positivistas que ha afirmado en la primera fase de su vida y, en la segunda fase, ha adherido a concepciones sentimentales y metafísicas del todo opuestas a las que afirmaba en la primera. La concepción idealista de la sociedad de Hegel no ha satisfecho a los discípulos que han invertido la dialéctica pasando al materialismo. El formalismo abstracto, proclamado por Simmel en sus primeras obras, ha sido considerado inaplicable e inaceptable por su mismo autor que en sus últimas obras ha aceptado una concepción histórica y cultural, según la cual las formas son eternamente producidas y destruidas por el desarrollo de la vida.

Ahora bien, este contraste, esta anarquía de los sistemas sociológicos, esta insatisfacción que los autores prueban por sus mismos sistemas. ¿Acaso es suficiente para negar todo valor teórico y práctico a la sociología?, ¿para considerarla, como dice Ortega y Gasset, “como una de las plagas de nuestro tiempo”?²

No creo que se debe llegar a conclusiones tan pesimistas.

Max Weber, y con él otros sociólogos como por ejemplo Mannheim, en sus clásicos ensayos metodológicos sobre las ciencias sociales, ha explicado con toda claridad las razones de la anarquía y de la insatisfacción que hemos lamentado, pero no ha llegado por eso a conclusiones escépticas y ha afirmado en cambio el valor y la importancia de la sociología y de sus sistemas.

² ORTEGA Y GASSET, *Ensimismamiento y Alteración*, Buenos Aires 1939, p. 17.

A su modo de ver, sólo en la Edad Media se pueden encontrar concepciones sociales objetivas y aceptadas concordemente por todos porque entonces dominaban la jerarquía teológica y la escolástica aristotélica y existía una autoridad Central que dirigía la conducta moral e intelectual de la humanidad. Después de aquella época, sin embargo, esta objetividad y universal aceptación de las concepciones no es ya posible. Con el Renacimiento, la ilustración y el desarrollo del pensamiento moderno en general, el subjetivismo se ha opuesto al objetivismo medieval y el centro y la fuente de todo conocimiento ha sido encontrado en el sujeto y no ya en un objeto natural o personal fuera del sujeto. Con esto, la unidad del pensamiento se ha roto en numerosas concepciones distintas y antagónicas, se ha manifestado aquella anarquía de los sistemas que hemos descrito anteriormente y que Max Weber denomina "lucha entre los dioses" considerando que cada sistema pretende ser el verdadero, excluyendo a todos los otros.

Max Weber a pesar de que explica con tanta claridad las razones por las cuales no es posible alcanzar en la época moderna concepciones sociológicas universalmente aceptadas, no cae sin embargo en una conclusión escéptica. Si la concepción científica de la sociología no logra satisfacer las exigencias metafísicas, si la concepción filosófica no consigue corresponder a las aspiraciones de la ciencia y de la experiencia, si el formalismo acaba por resolverse siempre en una doctrina empírica, no se debe declarar por esto la imposibilidad de la sociología ni tampoco que sean erróneos todos los sistemas sociológicos. A su juicio, se debe reconocer, igualmente, la legitimidad de la sociología y afirmar que los sistemas sociológicos son todos verdaderos en cierto sentido porque todos son el producto de distintas situaciones históricas y de particulares experiencias de vida y porque todos captan un momento, un aspecto de la realidad que estudian. Es decir, de la realidad social que se desarrolla y transforma continuamente y que, por el carácter dinámico y vital que la caracteriza, no puede ser determinada y esquematizada con categorías y conceptos fijos.

Así como no se puede dudar del valor e importancia de la sociología no se debe dudar tampoco de la utilidad del trabajo de sus cultivadores.

En una conferencia titulada "La ciencia como profesión" Max Weber reconoce que el sociólogo y el científico en general deben trabajar siempre con la plena conciencia de que las construcciones de su espíritu están condenadas a desvanecerse en los años venideros y que sus obras serán superadas por las generaciones futuras. Pero este reconocimiento de la relatividad de su trabajo, no debe desalentarlo. En efecto, el fin verdadero y la

satisfacción profunda del científico debe consistir en haber cumplido todo lo que la época suya le había encargado y podía esperar de él; debe consistir en haber construido un eslabón sobre el cual se fundamenta el trabajo de las generaciones venideras.

Como se ve, al considerar todas las concepciones sociológicas como producto de una sola realidad histórica que se desarrolla eternamente, Max Weber, no sólo consigue explicar la anarquía de los sistemas, sino logra evitar también todo peligro de escepticismo. Inspirándose en un sano liberalismo, él rechaza además todas las posiciones dogmáticas y exclusivas y busca el elemento de verdad que debe encontrarse en todos los sistemas aun en los más lejanos.

Benedetto Croce, cuyo pensamiento es por muchos respectos bastante parecido al de Max Weber, con su concepción historicista tan consecuente e integral, no sólo demuestra y fortalece estas conclusiones y enseñanzas, sino proporciona implícitamente una base para entender cuál debería ser el valor teórico y práctico de una sociología de carácter filosófico y no ya científico.

Croce rechaza decididamente toda concepción que considera a la naturaleza como algo objetivo, extraño y opuesto al espíritu y afirma que la naturaleza es real sólo en su concreción, en el espíritu, en la historia, en la vida, en la actividad práctica de los hombres. Rechaza además toda concepción de una realidad metafísica trascendente y observa que las filosofías tradicionales que, fundándose sobre estos conceptos, levantan los ojos al cielo y del cielo esperan la suprema verdad, han sido reconducidos a la realidad, es decir, a la historia, por el pensamiento moderno el cual ha "interpretado sus conceptos y sus doctrinas y sus disputas y sus mismas desconfiadas renunciaciones escépticas como hechos históricos e históricas afirmaciones que surgen de necesidades y de circunstancias históricas".³

Al afirmar que no existe un mundo natural o metafísico fuera de la historia, Croce afirma también que no hay ningún juicio y, por consiguiente, ningún conocimiento que no sea histórico, es decir, vinculado a la vida y a la acción. Así el conocimiento por ser siempre conocimiento histórico no puede nunca ser definitivo, no puede agotar nunca toda la realidad porque esta realidad, que es la historia, siendo eternamente formada por la libertad

3 CROCE, *La storia come pensiero e come azione*, Bari, 1938, p. 22. En este libro traducido también al castellano por DIEZ CANEDO, con el título, *La historia como hazafia de la libertad*, México, 1942, se encuentran las principales ideas de Croce que exponemos aquí.

entendida como actividad, espiritualidad, eterna creación de vida, no puede nunca ser captada y ser determinada definitivamente en esquemas fijos y construcciones conceptuales.

De estos principios generales sobre la realidad y sobre el carácter de nuestro conocimiento, es fácil deducir qué concepto puede tener Croce de la sociología y de sus problemas, en la hipótesis que no la considerase como una disciplina empírica y positivista.

Croce reconoce cierta utilidad práctica a los esquemas, a las recopilaciones de datos, a las comparaciones de tipos sociales que realiza la sociología empírica y positivista (la cual, a su modo de ver, difiere de la ciencia empírica de la política sólo por la mayor amplitud de su objeto) pero niega que esta clase de sociología consiga conocer la realidad social que es espiritual e histórica. El positivismo y el empirismo en efecto son enemigos de toda espiritualidad y de toda historia y sus esquemas y construcciones conceptuales terminan por quitar vida y significado a los hechos históricos.

Croce niega además todo valor cognoscitivo a las construcciones sociológicas fundadas sobre principios metafísicos trascendentes porque la realidad social, como toda realidad, no está fuera de la historia, sino está en la historia, más exactamente, es la historia misma. Todas las soluciones definitivas de los problemas sociales, todas las concepciones de “república óptima” y de “perfecto estado racional”, todos los ideales de “felicidad de la mayoría” o de “moral heroica”, para Croce son sencillamente el producto de la debilidad mental y volitiva, del anhelo insatisfecho e inquieto, de la sed de lo imposible, de la felicidad y beatitud absoluta que padecen todos los hombres.

Puesto que no hay otra realidad fuera de la historia, ni otro conocimiento fuera del conocimiento histórico, también la sociología, según Croce, para reconocer la realidad social como pretende, debe reducirse a historia. A su modo de ver toda disciplina que intenta conocer la realidad social y guiar a los hombres para que actúen en ella no puede ser concretamente distinta de la historia; el problema de la sociedad no es otra cosa que el problema mismo de la historia, la eterna solución y el eterno problema que es el curso histórico.⁴

4 CROCE, *La Crítica* de 1939, p. 328-29. V. También una nota a MANNHEIN en, *La Crítica* de 1931. Las ideas de CROCE sobre la sociología se encuentran en: *Estética*, V ed. p. 69-70; *Cultura e vita morale*, Bari, 1914, p. 218-19; *Teoria e storia della storiografia*. III ed. 1927, p. 36; 320-21; *Ética e Política*, Bari, 1931, p. 144-45; *La Storia* cit., p. 133; *Lógica*, V ed. p. 231.

Esta conclusión, esta reducción de la sociología a la historia, puede preocupar a los sociólogos profesionales que ven así amenazadas la autonomía de sus disciplinas. Pero el problema de la autonomía de la sociología, como el de todas las otras disciplinas, es un problema práctico que interesa sólo los planes de estudio y la distribución de las cátedras universitarias. El problema que acá discutimos es en cambio el problema teórico del sentido y del valor de las llamadas investigaciones sociológicas, y en el campo teórico es imposible establecer límites y hablar de autonomía de esta o aquella disciplina. Ya hemos visto que la sociología no se distingue sustancialmente de la filosofía y ahora, en base a la enseñanza de Croce, por la cual la misma filosofía se resuelve en la historia, podemos lógicamente afirmar que la sociología es historia y que sus sistemas presentan situaciones y momentos abstractos y transitorios del desarrollo histórico.

Estas conclusiones que afirman el carácter histórico de la sociología, indican también, con toda claridad, cual es el valor teórico y práctico de sus investigaciones. Como todas las investigaciones históricas también las investigaciones sociológicas tienen un fin teórico de conocimiento, quieren conocer el sentido de la realidad social en que vivimos, de la sociedad presente, pero esta investigación teórica está siempre inicialmente inspirada por una exigencia práctica por el hecho de que en la sociedad que se investiga hay que actuar de alguna manera y no se puede actuar en una sociedad sin conocerla previamente. Si la sociología tiene esencialmente el fin de conocer para actuar en el presente, es fácil darse cuenta del interés que tiene para el pasado y, desde luego, para la investigación histórica. En efecto, no es posible desarrollar en el presente una actividad práctica prescindiendo del pasado por el cual somos producidos y que siempre nos acompaña, y además, no es posible conocer un hecho social sin pensarlo en su nacimiento y en su desarrollo vital entre condiciones que a su vez varían y se desarrollan.

El interés que las investigaciones sociológicas, dirigidas al estudio de la realidad presente, deben tener por el pasado, me lleva a dar de la sociología una definición que Croce ha dado genéricamente de la historia: "conciencia presente del pasado".

Me doy cuenta de que esta definición que sintetiza el pensamiento de Croce puede parecer bastante parecida a la concepción que de la sociología tiene un pensador alemán bastante conocido entre nosotros por los trabajos que sobre él han escrito Francisco Romero y Alfredo Poviña. Quiero hablar de Hans Freyer, que en su obra principal, "Sozologie als Wirklichkeits-wissenschaft" distingue la sociología de las ciencias de la

naturaleza y de las ciencias del espíritu, afirmando que ella tiene por objeto una realidad social que existe siempre “como presente en el tiempo presente” y observando que, para estudiar su objeto, esta disciplina no puede prescindir del pasado en cuanto el presente está siempre indisolublemente unido al pasado, es decir, al desarrollo histórico que lo ha precedido y lo ha producido.

Indudablemente, en este punto, la concepción de Freyer coincide con la nuestra y la robustece y confirma recordando que los precursores y fundadores de la sociología en Francia y en Alemania han afirmado siempre en sus obras el carácter de presencialidad y de historicidad de la sociología. Estos, en efecto, han dirigido sus investigaciones al estudio de la situación y de los problemas que preocupaban mayormente a la sociedad en la época en que vivían: el desarrollo de las industrias, el gran progreso científico, la concentración de la riqueza en pocas manos, la extrema miseria de las clases obreras . . . , etc. Y para resolver estos problemas y para conocer esta situación presente han cumplido esencialmente sus investigaciones históricas y han desarrollado sus interpretaciones del pasado. Por ejemplo, Saint-Simon, para explicar los problemas sociales de la época crítica en que vivía, ha concebido el desarrollo histórico como un continuo sucederse de épocas críticas y orgánicas que lleva a la humanidad a la realización del “sistema industrial” que, a su modo de ver, constituye la verdadera solución de todos los problemas de su tiempo. Su discípulo y fundador de la sociología, Augusto Comte, preocupado no solamente por las cuestiones sociales e industriales, sino también por el gran desarrollo de las ciencias positivas en la época en que vivía, como es sabido, ha afirmado que esta época es el producto de una larga evolución por la cual la humanidad, después de haber pasado a través del estado teleológico y metafísico, está preparando la realización del estado positivo en el cual será dirigida y gobernada única y exclusivamente por la obra de los científicos. El mismo deseo de explicar la situación y los problemas de la época en que vivían, ha ocasionado también las interpretaciones del desarrollo histórico en la doctrina de los precursores de la sociología alemana: Lorenz von Stein y Karl Marx. Ambos preocupados por el problema social tan importante en la época en que vivían y formados en la escuela idealista de Hegel, han buscado en el pasado una explicación y una solución de este problema. Así por un lado, Lorenz von Stein, en sus clásicas investigaciones históricas, ha tratado de explicar que el desarrollo de la vida social es el producto de una relación dialéctica entre las formas eternas e irreduc-

tibles de la sociedad económica y del estado ético; Karl Marx por el otro, en sus trabajos de economía y de filosofía ha afirmado que el desarrollo histórico está determinado por las situaciones económicas y está caracterizado por conflictos de intereses entre clases sociales distintas.

Como se ve, Freyer, con interesantes ejemplos históricos, aclara y demuestra la definición de la sociología como “conciencia presente del pasado”, pero, como todo especialista de sociología, vinculado al problema práctico de la autonomía de su disciplina, no se atreve a lograr las últimas conclusiones que deben deducirse lógicamente de esta definición, es decir, no se atreve a resolver la sociología en la historia e intenta establecer una distinción con todos los medios de que dispone.

Es fácil darse cuenta de las graves inconsecuencias y contradicciones en que Freyer incurre para lograr este fin. Después de haber criticado las concepciones anti-históricas de la sociología, después de haber rechazado todas las concepciones formales “que logran el sistema sacrificando la historia”, después de haber declarado que es preciso llenar de contenido histórico las construcciones conceptuales, el mismo Freyer termina por negar a la sociología todo carácter histórico. Deseando distinguirla a toda costa de la historia, declara, por ejemplo, que las investigaciones sociológicas se distinguen de las investigaciones puramente históricas en cuanto tienen la tarea “de buscar y determinar en los hechos históricos bajo todas las diferencias de sus construcciones y de sus destinos, las estructuras y las direcciones de desarrollo que se repiten típicamente”.⁵ En actitudes todavía más claramente anti-históricas incurre Freyer cuando, siempre con el fin de distinguir la sociología de la historia, intenta establecer las vinculaciones que unen esta disciplina a la política. Unas veces en efecto, se limita a identificar la sociología con la teoría política considerándola como sistematización de los hechos, esquema lógico conceptual para entender la realidad. Otras veces llega a vincularla hasta con la misma actividad política declarando que la sociología debe ser plasmada políticamente y que el fin de esta disciplina es de fortalecer la unión del Estado alemán amenazado, es el de exaltar el principio del “dominio” característico de la sociedad, es por fin el de defender los valores de la patria, del Estado, del pueblo.

Para evitar estas contradicciones que llevan a Freyer fuera del historicismo, es preciso renunciar a todas las tendencias de construcción sistemática de la sociología y seguir una concepción integral y profundamente historicista. Seguir el historicismo de Croce que se opone al de Freyer por-

5 FREYER, *Einleitung in die Soziologie*, Leipzig, 1931, p. 116.

que sus concepciones conceptuales y sistemáticas contrastan con la esencia misma de la realidad social que es, como dijimos, actividad, espiritualidad, eterna creación de vida, y que, por eso, no puede ser vinculada en esquemas fijos y abstractos.

Desde el punto de vista del historicismo integral que aceptamos, no se debe rechazar solamente el historicismo sociológico de Freyer, sino también otras concepciones de la sociología que pretenden ser historicistas pero que, en realidad, no lo son: la concepción que identifica la sociología con la filosofía de la historia y la concepción que la identifica con la historia de tendencia o de partido.

La idea de identificar la sociología con la filosofía de la historia encuentra su explicación y su fundamento en muchos sistemas sociológicos que han intentado determinar el sentido y el fin de la evolución de la humanidad. Pero esta idea sostenida por Barth en su libro famoso "Philosophie der Geschichte als Soziologie" debe ser rechazada como opuesta a todo historicismo bien entendido. En efecto, la sociología como filosofía de la historia parte de una concepción metafísica y, en base a ésta, pretende encerrar entre esquemas fijos y dirigir hacia fines preestablecidos todo el desarrollo histórico de la humanidad. Esto es evidentemente contrario a los principios fundamentales del historicismo que hemos aceptado. Por eso no es admisible una sociología metafísica trascendente fuera de la historia. Y la historia, libre en su desarrollo vital no puede ser vinculada en ciertos esquemas ni ser dirigida hacia fines determinados de antemano. Haciendo eso, observa Croce, la filosofía de la historia incurre necesariamente en el error del filosofismo o panlogismo que consiste en querer deducir a priori los conceptos empíricos, del modo opuesto de como el positivismo pretendía buscar a posteriori las categorías filosóficas.

En un error bastante parecido a éste, incurren además, como dije, otras concepciones de la sociología que se acerca a las que Croce indica como "historia de tendencia o de partido". Se trata de aquellas construcciones e investigaciones sociológicas que no se realizan con el fin de conocer la realidad social presente para después actuar en ella, sino con el intento opuesto de demostrar y documentar sociológica e históricamente programas de acción práctica aceptados de antemano. Evidentemente, la sociología de partido no se funda como la filosofía de la historia, sobre concepciones metafísicas, sino solamente sobre un conjunto de sentimientos, pasiones e intereses, pero, del mismo modo que aquélla, se opone a toda concepción verdaderamente histórica. Como la filosofía de la historia, la historia de

tendencia contrasta con los principios propios del historicismo porque no se da cuenta de que el desarrollo histórico es libre y luego indeterminable e imprevisible; además, no considera las investigaciones históricas y sociológicas como un medio para solucionar los problemas de la sociedad presente, sino como un medio para explicar y justificar soluciones aceptadas de antemano, en el primer caso, con la adhesión a un sistema metafísico, en el segundo, con la aceptación sentimental e impulsiva a partidos y tendencias políticas.

Esta diferencia que distingue la sociología bien entendida de las llamadas sociologías de tendencia o de partido, nos explica también la profunda diferencia que media entre el sociólogo y el hombre político, entre el científico y el práctico de la vida social.

El sociólogo acaso más profundamente que el político siente los problemas prácticos de la sociedad en que vive, pero, para lograr las soluciones correspondientes, busca en la investigación científica los conocimientos necesarios. Por este deseo de anteponer el conocimiento a la acción, él se encuentra, casi siempre, en un estado de incertidumbre que lo hace parecer hombre negado para la vida práctica.

El político, en cambio, en el acto sentimental o impulsivo de adherirse al programa de su partido, cree haber ya resuelto todos los problemas teóricos de la sociedad presente, y, preocupándose exclusivamente de la acción, aparece como el hombre práctico por excelencia. Tanto es así que casi siempre considera con cierta superioridad e ironía a los sociólogos y, en general, a todos los cultivadores de ciencias sociales que viven en las nubes, que hablan un idioma difícil y aburrido y que nunca serían capaces de luchar y dominar a los hombres como lo hace él.

Pero esta falta de sentido práctico de los sociólogos frente a los hombres políticos es solamente aparente. La acción práctica es un acto de creación que vale solamente cuando es preparado por un acto anterior de conocimiento y debe desarrollarse y renovarse continuamente según el desarrollo del conocimiento mismo. Por eso, no hay que sorprenderse si el político que cree conocer la sociedad porque sabe dominar a los hombres, muchas veces debe constatar que su habilidad y sus esfuerzos no sirven para nada y en este caso se dirige a veces con modestia y respeto a los hombres de ciencia para preguntarles las razones de su fracaso. En tales oportunidades se demuestra con toda claridad la importancia práctica de la sociología y de las ciencias históricas en general.

No quisiera que esta diferencia entre el sociólogo y el político que acabo de establecer pueda ser mal interpretada y pueda hacer suponer que niegue la posibilidad al sociólogo de ser político y al político de ser sociólogo. ¡Nada más lejos en mi pensamiento! Lo que he dicho indica la diferencia que media en abstracto, entre la actitud teórica del sociólogo y la actitud práctica del político, pero eso no impide que, en concreto, estas dos actividades puedan encontrarse armonizadas en la misma persona. Esta armonía sería muy provechosa para la sociología y para la política. También en el campo del derecho, el trabajo práctico del abogado dirigido a demostrar una tesis aceptable de antemano es opuesto al trabajo del jurista dirigido a buscar la verdad y la justicia al final de un largo trabajo de investigación. Pero esta oposición en abstracto no excluye que en concreto las dos clases de trabajo se encuentren armonizadas en la misma persona y se encuentren muchos buenos juristas que son también buenos abogados y viceversa.

Después de haber explicado la diferencia que media entre la mentalidad del teórico y del práctico de los problemas sociales, y de haber revelado el carácter antihistórico que tienen la filosofía de la historia y la sociología de partido, espero que resulte más clara esta reducción de la sociología a la historia, que he intentado hacer sobre la base de la filosofía de Croce. El objeto de la sociología es esencialmente teórico. Como toda ciencia, la sociología quiere conocer; quiere conocer la realidad social en que vivimos, sus tendencias espirituales, sus exigencias materiales, sus orientaciones culturales. Pero, como dijimos, este conocimiento está siempre inspirado por un deseo práctico, no es nunca exclusivamente un fin por sí mismo, sino más bien un medio que prepara la acción.

Para concluir con una comparación hecha por el mismo Croce que nos ha dirigido en todas estas consideraciones, podríamos decir que los sociólogos se parecen desde cierto punto de vista a los humanistas. Los humanistas iban descubriendo las obras literarias, artísticas, filosóficas de la edad clásica no sólo con el fin inmediato de conocerlas sino con el deseo de encontrar en ellas un modelo que pudiera ser imitado y superado en el presente. Del mismo modo, en el campo práctico de la acción, los sociólogos estudian los fenómenos de las sociedades pasadas no sólo con el fin teórico de conocer la sociedad presente en sus orígenes y desarrollo sino también con el fin práctico de actuar en ella y de preparar de este modo un futuro mejor.